EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡PUM!

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EXPLOSIVO Y CASI DE ACTUALIDAD

LETRA DE

DON GABRIEL MERINO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

RUBIO Y ARNEDO.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS.—2—2.°

1889.

¡PÚM!

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EXPLOSIVO Y CASI DE ACTUALIDAD

LETRA DE

DON GABRIEL MERINO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

RUBIO Y ARNEDO

Estrenado con gran éxito, en el teatro MARTIN, la noche del 4 de Febrero de 1889.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

1889.

PERSONAJES.		ACTORES.
DOÑA GERTRUDIS	SRA.	DIAZ.
DON LEÓN	SRES.	ROCHEL.
NICOMEDES		CERBÓN.
PACO		CAMPOS.
DANIEL		FERRANDIZ.
RAMON		SIGLER.
UN MOZO DE ESTACIÓN		PALLARES.

La acción en Madrid: época actual.

ACTO ÚNICO.

Sala de una modesta casa de huéspedes. En cada lateral dos puertas y una al fondo. Á la izquierda una camilla con tapete. Una cómoda, sillas de Vitoria, etc. Es de día. En la mesa, una bandeja con tres copitas.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS y D. LEÓN sentados á la camilla. Ella cose: él lee un periódico.

LEON. Pues, señor, el asunto va picando ya en historia. (Sigue leyendo.)

GERT. ¿Qué asunto?

LEON. (Sin hacerla caso.) ¡Es el colmo de la temeridad y del cinismo!...

GERT. ¿Pero el qué?

LEON. Por supuesto que si yo fuera gobernador, ya ajustaríamos cuentas.

GERT. ¡Ah! pues si no es más que eso, yo se las ajustaré aunque no sea usted gobernador... Verá usted; cuatro meses á quince duros, son... mil doscientos reales lo que usted me debe. (Pausa. León mirando á Gertrudis.)

LEON. ¿Pero de qué habla usted?

GERT. ¡Toma! ¿No dice usted que ajustaríamos cuentas?

LEON. Vamos, déjeme usted en paz, doña Gertrudis; si no me refería á las nuestras. Es que la lectura de este periódico me ha hecho arder en santa indignación. ¡Ah! si yo tuviera poder, me las habrían de pagar todas juntas!

GERT. ¡Ya me contentaría yo con cobrarlas por separado!

LEON. ¿Le parece á usted bien lo que está pasando?

GERT. ¿Dónde?

LEON. En la calle, en los edificios públicos, en todas partes.

GERT. ¿Pero con quién?...

LEON. Con los petardistas... Ya no puede uno vivir tranquilo.

GERT. Tiene usted razón; ¡le dan á *una* cada petardo!...

LEON. ¡Ah, pero ya lo pagarán!

GERT. Pues si lo pagaran dejarían de ser petardistas.

LEON. Pero doña Gertrudis, usted no piensa más que en cobrar!

GERT. ¡Ay, hijo, cada uno piensa en lo que más falta le hace!

LEON. Estoy hablando de las explosiones que ocurren en la vía pública y que tienen con el alma en un hilo al vecindario pacífico de la coronada villa.

GERT. ¿Pues qué, ha habido nuevos sustos?

LEON. No pasa día sin su petardo correspondiente; esto es una vergüenza.

GERT. ¿Y no se ha podido descubrir aun?...

LEON. Nada, señora, y eso que la policía no descansa un momento.

GERT. Este exceso de vigilancia será sin duda la causa de que no venga hace dos noches á dormir el bueno de Nicomedes.

LEON. Es natural; como Agente de Orden público, estará cumpliendo su misión; estos días se ha duplicado el servicio.

LEON. Crea usted que yo no estoy tranquilo; hace días que no salgo de casa, y aun así, por todas partes veo pe-

tardistas. Hasta los huéspedes que usted tiene me lo parecen.

GERT. No, pues en eso quizás tenga usted razón.

LEON. Al acostarme registro minuciosamente mi habitación y me duermo rezando á Santa Bárbara.

GERT. Pero ¿cree usted que los petardos pueden llegar hasta nuestra humilde casa?

LEON. Créame usted, doña Gertrudis; toda precaución es poca.

GERT. Pero nuestra casa puede decirse que está asegurada de incendios, porque habitando en ella un representante de la autoridad, no creo que vinieran á meterse en la boca del lobo.

LEON. Que no, ¿eh? Pues precisamente por eso es más de temer. ¿No ha leído usted aquel anónimo en que decían que el último petardo de la serie estallaría, á ser posible, en las mismas narices de la primera autoridad?

GERT. ¡Pobre señor... y pobres narices!

LEON. Desengáñese usted, señora; es preciso vigilar. Cualquiera noche puede uno acostarse tan tranquilo y de pronto...

ESCENA II.

DICHOS y PACO por el foro derecha.

PACO. ¡Púm!

LEON. (Levantándose muy asustado.) ¡María Santísima!

GERT. (Id., íd.) ¡Ay! (Dando un grito.)

PACO. ¿Han oído ustedes el petardo? (Pausa corta.)

LEON. Valiente susto me ha dado usted con sus bromitas!

GERT. ¿Pero qué petardo?

PACO. Pues el de hoy; no hace media hora que acaba de estallar en la calle del Arenal.

LEON. ¡Pero Dios mío, esto es intolerable!

GERT. Precisamente estábamos hablando de lo mismo.

LEON. ¡Va á ser cosa de emigrar!

GERT. Yo estoy con el alma en un hilo.

PACO. (Ap.) Me reiré de ellos; ¿quién sabe si este miedo suyo puede ser para mí tan explotable como los petardos? (Alto.) Pues sí, señor; la cosa se va poniendo muy seria: la policía no descansa; el Cuerpo de vigilancia se multiplica y por consiguiente los vigilantes se dividen, ó los dividen, mejor dicho.

LEON. ¿Y no se ha dado todavía con la pista?

PACO. No; y eso que las autoridades están llevando unos días... de *pistón*.

GERT. ¿De pistón? ¡Y de cartucho, también!

LEON. Este periódico dice que el Jefe de vigilancia no se quita las botas hace ocho días.

PACO. Sí, pero en cambio, se las ponen rellenas de pólvora.

LEON. Y esto traerá consecuencias, ¿eh?

PACO. Ya lo creo; por lo pronto, un aumento de precio en el árnica. (Pausa.) Y no es eso lo peor.

GERT. Ay, diga usted. (Con ansiedad.)

LEON. Pronto, no nos oculte usted nada.

PACO. (Con mucho misterio.) En algunos corrillos he oído decir que el gobernador ha recibido un nuevo aviso denunciándole descaradamente que los últimos petardos... ¡serán de dinamita!

GERT. y LEON. ¡Ave María Purísima!

PACO. ¡Ó de *melenita*!

LEON. (Quitándose el gorro y dejando ver una calva exagerada.) ¡La mía se me pone de punta!

PACO. Dicen que estos petardos obedecen á siniestras decisiones de un club revolucionario que se halla constituído fuera de Madrid.

GERT. ¡Demonio!

PACO. Y que los cómplices hacen frecuentes viajes á la Córte para estallar los petardos.

LEON. Eso es muy verosímil; por esta razón, no encuentran rastro ninguno las autoridades. ¡Claro!... no están domiciliados aquí los culpables...

PACO. En fin, la cosa está que arde.

LEON. ¡Ay, doña Gertrudis! yo me voy de Madrid mañana mismo; no quiero ser victima de un petardista.

GERT. Es que si usted se fuera, la única víctima del petardo sería yo.

PACO. (Ap.) Variemos la conversación; yo también la debo un pica. (Alto.) Pero, señores, supongo que esto no debe quitarnos la gana de comer. Por mi parte, confieso que las emociones fuertes me abren el apetito de una manera extraordinaria.

GERT. Bien; comprendo la indirecta; voy á ver cómo anda la sopa. (Yendo hacia el foro.)

LEON. Y tenga usted cuidado con la lumbre, no hayan echado algún petardo por el cañón de la chimenea.

GERT. Vamos, no me asuste usted. (Mútis foro.)

ESCENA III.

D. LEÓN y PACO.

PACO. Dice usted bien, porque si estallára el puchero del cocido en esta casa, quedaba resentida toda la manzana.

LEON. Eso lo dice usted por los garbanzos.

PACO. Ya lo creo; son buenos proyectiles.

LEON. ¿Conque es verdad todo lo que ha dicho?... ¿Conque nos hallamos sobre un volcán?

PACO. Ya lo creo (Campanilla) y si no... (Yendo hacia el foro.) aquí viene el bueno de Nicomedes; él contará las últimas noticias con todos sus detalles.

ESCENA IV.

DICHOS y NICOMEDES, vestido de guardia de Orden Público.

MÚSICA.

NICOM. Yo vengo reventado

y ya no puedo más,
no hay nada más pesado
que el ser autoridad.

PACO y LEON. Cuente usted, amigo mío,
lo que ocurre por Madrid.

NICOM. ¿Lo que ocurre?... ¡Friolera!
que la gente está en un trís.
Y con tantos desafueros
no podemos ya vivir
los agentes de la ronda,
ni los guardias de Madrid.

—

En cuanto se teme cualquier *revulicio*
se doblan las guardias, se aumenta el servicio,
y vengan plantones y vayan retenes
cuando hay algaradas ó se arman belenes.
Y siempre parados ante las esquinas
luciendo, gallardos, nuestras esclavinas;
y á cada momento la gente en un corro,
mil voces que gritan pidiendo socorro,
cualquier atropello, cualquiera cuestión,
pues nunca escapamos sin un coscorron.
Y luego la gente se atreve á decir
que el cuerpo del Orden no sabe cumplir.
Pueden ustedes comprender
con qué razón exclamaré...
«si el ser civil es un placer»
el ser del Orden no lo es.

—

Como si no fuera bastante trabajo
estar todo el día arriba y abajo,
sufrimos ahora nuevas emociones
con los petardistas y las explosiones.
Si vemos ardiendo cualquiera cerilla
ó alguno en la calle tira una colilla,
ya estamos temblando, ya estamos corriendo
por si es un petardo con la mecha ardiendo.

El cuerpo del Orden está sin parar,
observa á la gente que la pueda armar,
y á pesar de toda nuestra precaución
se escucha de pronto la gran explosión.
¡Póm! ¡Póm!
Por lo que pueden comprender
con qué razón exclamaré...
«si el ser civil es un placer»
el ser del Orden no lo es.

HABLADO.

LEON. Pero, ¡Dios mío! ¿no será posible encontrar á los autores de esos atentados?

NICOM. Nosotros tenemos órdenes muy estrechas, pero los petardistas no parecen.

PACO. ¿Y se ejerce verdadera vigilancia?

NICOM. ¿Que si se ejerce? El servicio que era antes por turno, se ha convertido en «servicio permanente» como en las Funerarias. Se vigilan las iglesias, los teatros, las casas de los hombres más importantes y los edificios públicos. El cuerpo del Orden no descansa; y es lo que decía el otro día mi compañero: tanto vigilar descompone el *cuerpo*.

LEON. Pues no hay que desmayar: la tranquilidad pública lo exige.

NICOM. Además, como el Gobernador ha ofrecido 4.000 reales al que descubra algo, hay quien no sueña más que con los petardos. (Pausa.) La otra noche, (Con mucho misterio.) estaba yo de punto en la calle de Atocha. Era muy tarde, llovía á cántaros y no transitaba nadie por allí. De pronto veo doblar la esquina á un bulto negro que parecía una mujer; con mucha precaución y mirando á todas partes, se acerca á la verja de la iglesia de San Sebastián. Me oculto en el quicio de una puerta para observar mejor y veo que aquél bulto se inclina.

LEON. ¡Ave María Purísima!
PACO. ¿Y qué?...
NICOM. Y que deposita algo al lado de la verja.
LEON. Un petardo, sin duda.
NICOM. Después echa á correr: la sigo...
LEON. Y se escaparía, ¿verdad?
NICOM. ¡Quiá! La dí alcance en la calle de Cañizares.
LEON. Siga usted.
NICOM. ¡Alto allá!—la digo. Ella dá un grito y quiere escaparse, pero yo la detengo.—¡Por Dios, no me pierda usted!
LEON. ¡Ah, con que era verdad?
NICOM. (En este diálogo deben imitarse las dos voces) ¿Qué acaba usted de dejar ahí?—Yo soy inocente—me contesta—á mí me lo han dado.—El petardo, ¿verdad?—Sí señor, un petardo; pero no ha sido á mí precisamente.—¿Pues á quién?—Á una hija mía, que creyó en las falsas promesas de un pillo.—¿Y está ardiendo?—Sí señor; en deseos de venganza.—¿Y la mecha es larga?—¿La fecha? Nueve meses.—¡Digo la mecha!—No la he visto. —Pues veamos si aún es tiempo de aplastarle.—¡Qué atrocidad!—contesta muy asustada.—Echo á correr, me acerco al bulto con precaución y en el momento de agarrarle...
LEON. ¿Estalló?
NICOM. Quiá, no señor. ¡Era un sér!...
LEON. Vamos, un *feto*.
NICOM. No; Tampoco; era... una *feta*.
PACO. ¡Já, já, valiente chasco! (Riendo.)
NICOM. Pues de éstos los hay con mucha frecuencia. El otro día hicimos desnudar á un jorobado en plena Castellana por ver si llevaba algo oculto en aquella *preponderancia* que traía á cuestas...
PACO. Pues dicen que la cosa va á ir en aumento.
NICOM. La otra noche prendieron á uno de mi mismo cuerpo.
PACO. ¿Creyendo que era usted? Claro, le confundirían.
NICOM. No es eso.

LEON. Dice usted que tenía el mismo cuerpo...

NICOM. Que sirve en el mismo cuerpo que yo. Vamos, que es también del Orden.

PACO y LEON. ¡Ah, ya!

NICOM. Le apretaba un juanete que tiene en salva sea la parte, se quitó una bota: pasó el jefe... y le detuvo. Porque ahora las botas son cuerpos de delito.

LEON. En fin, que estamos divertidos: y lo peor es que estos accidentes siempre anuncian grandes y funestos acontecimientos.

PACO. Sí, á semejanza de los cometas de rabo.

NICOM. Por eso le oí decir á un inspector que esto traerá cola.

LEON. Pues nada, D. Nicomedes, no desmaye usted; la policía debe estar siempre alerta.

NICOM. Si todos fueran como yo, pronto se descubriría todo. Yo no descanso. Donde quiera que voy observo, examino, vigilo...

LEON. La patria le pagará á usted ese interés.

NICOM. Vaya, voy á ver si descanso un rato hasta las ocho, en que entro de servicio otra vez. Me han dejado libre por casualidad y quiero aprovechar este par de horas.

LEON. Es muy justo, si señor. También voy á mi habitación á esperar la hora de la comida. (Dirigiéndose al segundo término derecha.)

PACO. Le acompaño á usted. (Á León.)

NICOM. ¡Por vida de los petardos!... (Mútis por la primera de la derecha. D. León entra segundo derecha.)

ESCENA V.

PACO y DOÑA GERTRUDIS por el foro.

GERT. Una palabra, don Paco.

PACO. (Ap.) ¡Adios! De esta sí que no me libro.

GERT. Supongo que usted no estará en condiciones de ponerse al corriente conmigo.

PACO. ¿Cómo al corriente?

GERT. Vamos, de liquidar la cuentecilla.

PACO. ¡Ay, señora! Mi situación continúa siendo desesperada.

GERT. Pues hijo, yo lamento mucho esa desgracia, pero me es imposible seguir remediándola.

PACO. No me asuste usted, señora.

GERT. Lo que usted oye: estos días estoy poniendo anuncios en los periódicos, porque, francamente, ustedes no me pagan y yo necesito renovar el personal.

PACO. Es claro; en época de crísis el personal es el que paga el pato.

GERT. Sí, es lo único que pagan ustedes. Pero concluyamos; bien quisiera poder esperar, pero, hijo mío, no tengo cuartos.

PACO. Ni yo tampoco.

GERT. Me refiero á que no dispongo de habitaciones suficientes; de modo que en cuanto vengan algunos huéspedes tendrán que ocupar la de usted, en cuyo caso, agarra sus bártulos, y se va usted con la música á otra parte.

PACO. (Ap.) Nada, nada, es preciso inventar algo que detenga el golpe. (Queda pensativo.)

GERT. ¿Ha oído usted?

PACO. Pues bien, señora, el disimulo es inútil. Había hecho propósito de callar para sorprender á usted, pero se lo diré todo. (Con misterio.)

GERT. ¿Y qué es todo?

PACO. Sepa usted que estoy sobre la pista.

GERT. ¿Y qué es eso?

PACO. Dentro de poco, mañana mismo quizá, soy rico.

GERT. ¿Usted?

PACO. Sí, señora. ¿No le ha chocado á usted lo enterado que estoy de la cuestión de los petardos y de ciertos detalles secretos que se relacionan con este asunto?

GERT. ¿Y eso qué tiene que ver? (Pausa.)

PACO. Sepa usted que yo aspiro al premio de mil pesetas que el Gobernador ha ofrecido á quien descubra á los criminales.

GERT. ¿Pero usted sabe?...

PACO. Estoy sobre una pista que creo segura.

GERT. ¿Dónde?

PACO. Ese es mi secreto. No me falta más que comprobar algunos datos, y enseguida ¡zás! me presento al Gobernador.

GERT. Todo eso estará muy bien, pero si en el *interin* viene algún huésped...

PACO. Bueno, señora, cuando llegue el caso hablaremos.

GERT. Tan y mientras, puede usted continuar sus investigaciones, aunque me parece que sacará usted lo que el negro del sermón.

PACO. Es que aquel negro no se dedicó á buscar petardistas.

GERT. Pues si eso se encuentra á cada paso. Vaya, voy á disponer la comida. Que no se le olvide á usted el encarguito, ¿eh?

PACO. Descuide usted, el porvenir es nuestro. (Mútis Gertrudis por el foro.)

ESCENA VI.

PACO.

PACO. Pues señor, el conflicto reviste desconsoladora gravedad. Yo no tengo un céntimo, me encuentro despedido y no puedo trasladarme porque en todas partes exigirán dinero adelantado. (Pausa.) Y después de todo, eso que he dicho á Doña Gertrudis podría ser verosímil; ¿por qué no había yo de aspirar á esos cuatro mil reales? No tengo nada que hacer, pues me entretendré en algo. Por lo pronto, ganaremos tiempo. ¿Qué es lo que me interesa, que no venga aquí nadie en clase de pupilo? Pues yo me encargo de ahuyentar á todo el que entre por esa puerta ó hacer de manera que Doña Gertrudis le despache. Nada; á grandes males, grandes remedios. Meditaremos el plan y Dios me ayude. (Mútis por la segunda izquierda.)

ESCENA VII.

DANIEL y RAMÓN en traje de viaje, con bultos y maletas.

Estos dos personajes deben hablar con marcado acento catalán.

RAMON. La puerta abierta y la casa sola, ¿qué te parece? Y luego se extrañan de que en Madrid haya robos.

DANIEL. En Barcelona hay más seguridat.

RAMON. Y aquí también hay la seguridat... de que le dejan á uno en paños menores, como se descuide.

DANIEL. En fin, descansaremos un rato mientras viene la patrona. (Dejan los bultos y se sientan.)

PACO. (Al paño.) ¡Hola, hola! ¿Hay moros en la costa? Escuchemos.

RAMON. Ya estamos en el centro de nuestras operaciones.

DANIEL. Y dispuestos á trabajar con ardor. ¿Sigues teniendo confianza en el éxito?

RAMON. ¿Confianza? Ya lo creo. No debe hablarse de otra cosa en Madrit.

DANIEL. El asunto ha tenido gran resonancia; ha causado verdadera explosión.

PACO. (Ap.) ¿De qué hablarán?

RAMON. Lo primero es alarmar al público.

DANIEL. Pues ese está ya bien alarmado. (En este momento sale D. León de su cuarto, segundo derecha, pero Paco le hace señas desde enfrente para que se oculte de nuevo. D. León se retira, pero queda escuchando desde la puerta, igual que Paco.)

ESCENA VIII.

DANIEL y RAMON, al paño PACO y D. LEON.

DANIEL. Nada, lo dicho; hemos venido á armar una revolución.

RAMON. Cada uno que coloquemos va á ser un alboroto.

DANIEL. Como que, según mis noticias, los primeros han caído ya como una bomba.

RAMON. Sobre todo, no olvidar las instrucciones del jefe.

DANIEL. Las recuerdo perfectamente; que los vayamos repartiendo en los sitios más céntricos y en las casas más conocidas.

RAMON. Pero eligiendo con cuidado y precaución las personas que hayan de explotarlos.

LEON. (Ap) ¡Dios mío! ¿Qué dice esta gente? (Asustado.)

DANIEL. Eso es, y cuando estemos bien seguros del resultado.... entonces .. ¡el trueno gordo!

RAMON. La bomba final!

LEON. (Ap.) ¡Ave María Purísima!

PACO. (Ap.) ¡Me parece que me gano las mil pesetas!

MÚSICA.

DANIEL. Prudencia.
RAMON. Sigilo,
mucha precaución.
PACO y LEON (Al paño.) Pero estos señores,
¿qué traen, quiénes son?
DANIEL y RAMON. Sigamos cumpliendo
con nuestra misión
y armamos de fijo
la revolución.
PACO. (Ap.) ¿La revolución?
LEON. (Id.) ¿La revolución?
PACO y LEON. Sin duda conspiran
contra la nación.
DANIEL y RAMON. Es preciso alarmar á la gente,
mantenerla en constante ansiedad,
no dejando en Madrid ningún sitio
que no hayamos podido explotar.
Y después de agotado el surtido,
por supuesto, conforme y según,
lograremos sin duda muy pronto
que no se oiga en Madrid más que ¡*Púm*!

PACO. (Ap.) ¡Púm!
LEON. (Ap.) ¡Púm!
DANIEL. ¡Púm!
RAMON. ¡Púm!
DANIEL. Aquí no hay mas que ¡Púm!
sin otra apelación.
RAMON. En cuanto se aperciban
va á haber una explosión.
LOS DOS. Que es algo semejante
al ruido del cañón.
¡Pím, pám, pím, póm!...
y se arma de seguro
la gran revolución.
PACO y LEON. Pím, pám, pím, póm!
(De fijo se proponen
volar la población.)
DANIEL y RAMON. Mucha constancia,
no desmayar,
que es buen negocio
para explotar;
Trabajaremos
sin descansar,
y viva el ¡Púm!
que nos da el pan.
El ¡Púm! el ¡Púm!
PACO y LEON. El ¡Púm! el ¡Púm!
TODOS. ¡Púm! ¡Púm!

HABLADO.

DANIEL. Pues nada, mucha precaución y á explotar la mina.
LEON. (Ap.) ¡La mina!
RAMON. ¿Pero y á todo esto, no hay nadie en la casa? ¿Patrona? ¡Patrona! (Llamando.)

ESCENA IX.

DICHOS y GERTRUDIS por el foro.

GERT. ¿Quién llama? ¡Ah! buenas tardes.

DANIEL. ¡Gracias á Dios, señora!

GERT. ¿Qué se les ofrecía?

RAMON. Hemos visto un anuncio en *La Correspondencia* diciendo que se admiten caballeros con, ó sin.

GERT. (Con alegría.) ¿Qué oigo? Sí, señores, aquí es.

DANIEL. Pues usted nos dirá las condiciones.

GERT. ¿Las condiciones?... ¡inmejorables! Casa tranquila, buen trato, vecindad pacífica...

RAMON. Eso es igual, porque pararemos poco en casa; nuestro negocio está en la calle.

GERT. ¿Son ustedes estables, ó será para poco tiempo?

DANIEL. Eso no podemos decirlo. Venimos con cierta misión...

GERT. Bueno, es lo mismo. Pero estarán fatigados del viaje, pueden descansar y luego trataremos... (Muy amable.)

RAMON. Dice usted bien, señora. Estos ferrocarriles le dejan á uno como si hubiera recibido una paliza.

DANIEL. ¿Cuál es la habitación que nos destina?

GERT. Por ahora ésta. (Primer término de la izquierda.) luego ya nos arreglaremos donde mejor les convenga.

RAMON. Mil gracias, señora. Tome usted á manera de señal... (Saca una cartera.)

GERT. No se moleste, es lo mismo.

RAMON. Los catalanes somos muy formales. Ahí van cinco duros. Más tarde liquidaremos. (Entregándola un billete.)

GERT. Cuando ustedes gusten. (Los acompaña á la puerta.)

DANIEL. ¡Ah! ya se me olvidaba. El mozo nos traerá un bult dentro de un rato. Le hemos dado el talón y no tardará en venir.

GERT. Descuiden ustedes; yo les avisaré enseguida.

RAMON. Nos arreglaremos un poco, mientras usted dispone la comida. (Cogen los bultos y maletas y entran por la primera izquierda.)

GERT. Servidora de ustedes.

ESCENA X.

GERTRUDIS, PACO y LEÓN.

En el momento de hacer mútis Daniel y Ramón, salen Paco y León con gran misterio y de puntillas y cogen á Doña Gertrudis cada uno de un brazo. Esta escena en voz baja y con mucho recelo todos.

GERT. ¡Ay! (Sorprendida.)
PACO. ¡Silencio, por Dios!
LEON. ¡Silencio!
GERT. ¿Qué pasa?
PACO. Ya están aquí.
LEON. ¡Nos hallamos sobre un volcán!
GERT. ¿Pero qué es esto?
PACO. ¡Si usted supiera!
LEON. ¡Prepárese usted!
GERT. ¿Á qué?
PACO. ¡Son ellos!
LEON. ¡Ha pasado lo que yo temía!
GERT. ¿Pero quieren ustedes hablar claro?
PACO. ¿No le decía que estaba sobre la pista?
LEON. Esos hombres... ¡ay, yo no sé lo qué me pasa!
PACO. ¡Horrorícese usted!
GERT. ¡Brrrrrr!... (Estremeciéndose.) Ya estoy horrorizada.
PACO. Acaba usted de dar hospedaje á dos criminales.
GERT. ¿Cómo?
LEON. ¡Esos hombres han venido á Madrid con fines siniestros!
GERT. ¿Y ustedes qué saben?
PACO. Hemos sorprendido una conversación...
GERT. ¿Cuándo?
LEON. Hace un momento. Hablaban de explosiones, de bombas.
PACO. De colocarlos en los sitios más céntricos.

LEON. ¡De poner una mina!

PACO. Y de alarmar á todo Madrid.

GERT. ¿Será posible?

PACO. No lo dude usted, señora; esos hombres son dos petardistas.

GERT. ¿Petardistas, y empiezan dando cinco duros? ¿No lo creo?

PACO. ¿Han dado cinco duros? (Ap.) Bueno es saberlo.

LEON. Eso no tiene nada de particular. Esta gente cuenta siempre con dinero, y mucho más para buscar sus ocultas guaridas.

GERT. Vamos, que no me convencen ustedes.

PACO. Ea, pues sépalo usted todo. Han dicho repetidas veces que les trae aquí.. (Pausa: miran á todas partes.) el ¡*Púm*! (Esta palabra debe decirse fuerte y en el mismo oido de Gertrudis.)

LEON. Es verdad; cada cuatro palabras... (Pausa. El mismo juego.) ¡*Púm*! Se conoce que es la contraseña.

GERT. ¡Dios mío, será posible!

PACO. ¿Qué si lo es? No lo dude usted. La presencia de estos hombres coincide con noticias reservadas que yo tenía.

LEON. No le decía yo á usted que los culpables irían á esconderse á las peores casas?

GERT. Hombre, muchas gracias.

LEON. Nada, nada, yo me voy. No quiero pagar...

GERT. ¿Cómo qué no quiere pagar? Pues el baul no sale de aquí.

LEON. Digo, que no quiero pagar los vidrios rotos.

DANIEL. (Dentro.) Señora, haga usted el favor de decir á la *noya* que baje esto al limpia-botas. (Arrojan un par de botinas que vienen á caer en el centro del grupo. Gertrudis, Paco y León dan un grito. Estupefacción general. Pausa cómica.)

PACO. ¿Lo están ustedes viendo?

LEON. ¿Quién sabe si estas botas constituyen cuerpos de delito?

PACO. ¡Es claro! Lo que ellos quieren es que una mano ino

cente las deposite.

GERT. Pero veamos si contiene algo. (Vá á acercarse.)

LEON. ¡No las toque usted, señora!

GERT. Véalas usted, don León.

LEON. ¿Quién, yo?... ¡Enseguida!

GERT. Efectivamente, que el asunto empieza ya á escamarme. Y puesto que ustedes aseguran que esos hombres son sospechosos, creo lo más urgente llamar á Nicomedes...

PACO. No, señora, La gloria de la denuncia debe pertenecerme á mí. Además, el dinero ofrecido...

LEON. ¿Ah, pero es cuestión de dinero?... (Con interés.)

PACO. No; es otra cosa. Son negocios que tenemos pendientes Doña Gertrudis y yo. (Haciéndola señas. Se oye la campanilla.)

GERT. ¿Si será otro petardista? Pues señor, no gana una para sustos. (Medio mútis.)

ESCENA XI.

DICHOS y UN MOZO que trae un cajón.

GERT. (Al Mozo.) Espere usted, voy á llamarles. (Al primer término izquierda.) Señores, aquí está el encargo que esperaban.

DANIEL. (Dentro.) Pues que lo coloquen ahí en cualquiera parte; ahora saldremos.

PACO. Tírelo en aquel rincón. (Al mozo.)

MOZO. ¿Qué lo tire? Pues poco cuidado que me encargaron con el dichoso cajón.

LEON. ¿Sí, eh?

MOZO. Dijéronme que su contenido era muy peligroso.

GERT. Pues colóquelo aquí, sobre la mesa. (El Mozo con mucho cuidado lo pone sobre la camilla y hace mútis.)

PACO. De seguro que en ese cajón viene un completo surtido de bombas y petardos.

LEON. (Á Gertrudis.) Ya ve usted cómo todos los detalles coin-

ciden con lo que nosotros pensamos.

PACO. (Que ha ido á examinar el cajón con cierto recelo.) ¡Eureka! Ahora sí que no es posible la duda.

GERT. y LEON. ¿Eh?

PACO. ¡Ya sabemos lo que contiene! ¡Asústense ustedes! (Da la vuelta al cajón y queda á la vista del público un letrero en el que con gruesos caractéres se lee ¡*Púm*!

GERT., LEON. y PACO. (Muy asustados.) ¡Púm! (Pausa.)

LEON. Pues no perdamos el tiempo; es preciso tener fuerza bastante...

GERT. ¿Para llevarse á otra parte el cajón?

LEON. No; para proceder á la captura de esa gente.

PACO. Dice usted bien; es preciso que yo me presente en el acto al Gobernador. Pero... ¿dónde voy yo con esta raida americana? ¿Cómo me presento con este traje á la primera autoridad civil de la provincia? Si tuvieran ustedes algo más decente...

LEON. Hombre, yo tengo un gabán verdoso; pero parece la funda de un violón.

GERT. Pues yo sí debo tener una levita de mi difunto ¡ay pobrecillo! No se la puso más que dos veces. Si le estuviera á usted bien...

PACO. Vamos á verlo enseguida; no sea que perdamos el tiempo... (Ap.) y la levita.

GERT. Venga usted por aquí. (Mútis por el foro.)

LEON. Y no tarde usted. (Á Paco.) Yo me quedo mientras de centinela.

ESCENA XII.

LEÓN, después DANIEL y RAMÓN.

LEON. Me parece que de esta hecha los culpables caen en el garlito.

DANIEL. (Saliendo con Ramón.) Buenas tardes.

LEON. (Ap.) ¡Ellos!.. Maria Santísima!

RAMON. (Ap. á Daniel y después contemplar fijamente á León.) ¿Buen tipo, eh?

DANIEL. ¿Es usted de la casa? (Pausa.)

LEON. (Ap.) No sé qué decir.

RAMON. ¿El patrón quizá?

LEON. No señor; yo no soy patrón de nadie.

DANIEL. ¿De modo que es usted compañero de hospedaje?

LEON. Así parece.

DANIEL. Pues que sea por mucho tiempo.

LEON. (Ap.) No lo permita Dios!

RAMON. Vaya, hombre, pues celebramos tanto tener el gusto de conocerle.

LEON. (Con timidez.) Muchas gracias.

DANIEL. Los catalanes intimamos enseguida. Y la prueba es que si usted quisiera podría ayudarnos y ganarse algunas pesetas. (Ramón y Daniel hablan por lo bajo y miran con frecuencia á León.)

LEON. (Ap.) Hace media hora que han llegado y ya están buscando cómplices.

DANIEL. ¿No le gustaría á usted ganar dinero?

LEON. Ya lo creo.

RAMON. ¿Qué es usted? (Pausa.) ¿Vamos, qué profesión es la suya?

LEON. ¿Mi profesión? Cesante perpétuo.

RAMON. ¿Cesante? Eso es bueno.

LEON. No, señor, ¡qué ha de ser bueno!

RAMON. Digo que eso es bueno para nuestro propósito. Las personas que son funcionarios del Estado no pueden dedicarse á ciertos asuntos...

LEON. (Ap.) ¡Qué cinismo!

DANIEL. Si, señor; porque ha de saber usted que nosotros venimos á explotar un asuntillo...

LEON. (Ap.) ¡No es mala *explotación*!

RAMON. Usted puede sernos últil; tiene buen tipo para lo que se desea. Necesitamos una persona formal, de aspecto respetable, que nos ayude...

DANIEL. Ya lo creo; usted en cuanto se afeite y se ponga un gaban de pieles...

LEON. (Ap.) Dios mío, quieren disfrazarme ¡de oso!

RAMON. (Ap. á Daniel.) Resulta muy apropósito para encargarle de algunas comisiones. Parece un infeliz. ¿Verdad?

DANIEL. (Id. á Ramón.) Y su situación no debe ser muy desahogada.

LEON. (Ap.) ¡De qué hablarán, Dios mío?

RAMON. Pues nada, decididamente. (Alto á León.) Si usted quiere, le damos participación en nuestro negocio.

LEON. ¿Á mí?... No señor, muchas gracias.

RAMON. Hombre, no sea usted tonto. Nos vamos á poner las botas. (Recalcando estas palabras.)

LEON. (Ap.) ¡Las botas? (Alto.) Pues no puedo acompañarles; soy un ciudadano pacífico.

DANIEL. Pues por eso precisamente; así no pueden sospechar de que sea usted un falsificador.

RAMON, ¡Le digo á usted que el negocio es de primer órden!

LEON. Sí, ya conozco algo.

DANIEL. Por los primeros efectos, ¿verdad? (Con alegría.)

LEON. Sí, señor.

RAMON. La cosa habrá caído aquí como una bomba, de seguro.

LEON. ¡Ya lo creo; como que está alarmado todo Madrid!

DANIEL. ¿Alarmado? Mejor. ¡Pues calcule usted lo que pasará en cuanto nosotros empecemos á trabajar!

RAMON. ¡Si hasta ahora no se ha hecho nada!

LEON. (Ap.) ¿Nada? ¡Vamos, pensaran volar toda la población!

DANIEL. Esto me anima; decididamente usted se encarga de las principales casas. Ya lo sabe usted, buena gente.

RAMON. ¡Ah! también es preciso obsequiar á las autoridades.

DANIEL. Eso es; usted se encargará de llevárselo al Gobernador.

LEON. ¿Quién, yo?... ¡Un demonio!

DANIEL. Parece que no está usted muy decidido; ¡claro! como no ha examinado la bondad de nuestros productos...

RAMON. Usted mismo va á convencerse de la perfección con que sabemos hacer las cosas.

LEON. No, si yo no dudo que serán ustedes verdaderos especialistas.

DANIEL. Verá usted, verá usted. (Va hacia la mesa.)

LEON. ¿Pero qué va usted á hacer? (Asustado.)

DANIEL. Dar á usted una prueba. (Comienza á dar golpes en el cajón á fin de abrirle.)

LEON. ¡Estése usted quieto, hombre! (Con mucho miedo.)

RAMON. Deseamos que sea usted uno de los propagandistas. (Siguen golpeando.)

DANIEL. Ya cede. (Levantando la tapa un poco.)

LEON. (Ap.) Dios me ampare!

DANIEL. Á la una! (Descubre el cajón levantando la tapa por completo.) Á las dos (Mete la mano.) Y á las tres...

LEON. (Ap.) ¡Creo en Dios Padre!... (Daniel saca un frasco de cristal con un líquido oscuro. Ramón saca otro frasco igual.) ¡Dios mío, botellas explosivas!...

RAMON. (Destapa el frasco y ofrece una copa á D. León. Éste retrocede mirando al frasco con terror.) Beba usted; es el mejor digestivo que se conoce.

DANIEL. Esto es capaz de resucitar á un muerto.

LEON. Ya lo creo; y de matar á un vivo.

RAMON. Vamos, compañero, imítenos usted. (Beben.)

LEON. ¡Y beben!... (Pausa.)

DANIEL. No nos deje usted mal; (Vuelven á escanciar y á ofrecer á León una copa.) arriba con ella.

LEON. ¿Pero qué esto?

ESCENA XIII.

DICHOS y PACO que aparece por el foro y se detiene á escuchar.

PACO. ¿Cómo? ¡Don León alternando con ellos!

DANIEL. ¡Beba usted sin cuidado, hombre! .. Pues si parece que está usted asustado.

LEON. ¿Pero qué es esto? (Tomando la copa, aunque con gran recelo.)

DANIEL. ¡Esto es el Púm! el célebre Púm! (Muy deprisa.) el nuevo y refrigerante licor, cuya propagación nos está encomendada por una importante casa de Lérida; líquido que ha venido á hacer una verdadera revolución en el comercio y en la escala alcohólica. (Pausa.)

LEON. Pero ustedes... (Echa una copa y bebe. Después de saborearlo suelta una carcajada.) Con que esto... (El mismo juego.) Luego el cajón... (Sigue riendo.) Écheme un poco más de *Púm*!

PACO. (Ap.) ¡Valiente plancha hemos hecho! Pues yo no me quedo aquí... ah! Ya sé lo que he de hacer. (Entra en el segundo término izquierda, sin ser visto por ellos.)

DANIEL. ¿De qué se ríe usted?

LEON. ¡Y está bueno esto!... (Bebe.) ¡Já, já, já! ¡Y nosotros que habíamos creído!. . (Vuelve á reir.) Pues no sabe usted lo que me alegra...

DANIEL. El licor, ¿eh?... es una gran cosa.

LEON. Quiá, no señor; lo que me alegra es... Écheme usted un poco más de Púm! (Los tres beben y ríen. Ríe y bebe de nuevo.)

MÚSICA.

DANIEL.
Este es el ¡*Púm*! el famoso licor,
no hay en el mundo bebida mejor;
cuando se toma
su grato aroma
produce un éxtasis embriagador.

RAMON.
Cuando en las copas chispea el licor
inunda el alma placer seductor,
y es la bebida
más socorrida
para alegrarse y entrar en calor.

LEON.
Pues tiene mucha gracia
nuestra equivocación;
el único petardo
me lo he llevado yo. (Riendo.)

DANIEL. ¡Já! ¡já! (Riendo.)

RAMON. ¡Já! ¡já!

DANIEL y RAMON.
Licor tan prodigioso
jamás se pudo hallar;
su aroma delicioso

es grato al paladar.
Al hombre más helado
consigue enardecer
y da al enamorado
valor para vencer.

LEON. Es el Púm—un licor
muy grato al paladar;
ya pasó—mi temor
estoy tranquilo ya.
Hoy aquí—beberé
pues quiero celebrar
los sustos—que pasé
oyéndolos hablar.

Á TRES.

Licor tan prodigioso
jamás se pudo hallar... etc.

DANIEL y RAMON. ¡Bebamos, compañeros!
LEON. Á beber.

(Estos bocadillos deben decirse gritando.)

DANIEL y RAMON. Bebamos sin cesar.
LEON. ¡Á apurar!
DANIEL y RAMON. Guerra á las invasiones.
LEON. ¡Guerra!
DANIEL y RAMON. Del género alemán.
LEON. ¿Animal?
DANIEL y RAMON. Unidos, trabajemos.
LEON. Eso es.
DANIEL y RAMON. Y hagamos prosperar.
LEON. ¡Bueno va!
DANIEL y RAMON. Con celo incomparable.
LEON. ¿Qué?
TODOS. La industria nacional.

(Mucha animación en este número. D. León, que va alegrándose por momentos, acaba el terceto completamente ébrio.)

HABLADO.

LEON. Pues nada; desde ahora me declaro yo también petardista. (Tambaleándose y muy alegre.)

RAMON y DANIEL. ¿Eh?

LEON. Y me dedico á explotar el ¡*Púm*! (Ríe y se tambalea.)

RAMON. ¿Pero qué querrá decir? (Á Daniel.)

DANIEL. (Á Ramón.) Se conoce que la bebida le hace operación.

RAMON. ¿Conque es usted de los nuestros?

LEON. Ya lo creo: hasta la pared de enfrente.

DANIEL. Véngase á nuestro cuarto, le daremos las instrucciones precisas.

LEON. (Que no cesa de beber.) ¡Gracias, Dios mío! si todos los petardos fueran como este... (Mútis los tres primero izquierda, muy alegres con gran algazara, y recordando el motivo de polka del terceto.)

ESCENA XIV.

PACO, después DOÑA GERTRUDIS.

PACO. (Con una levita ridícula.) Pues señor, salió el tiro por la cultata. ¡Doña Gertrudis!... conviene seguir asustándola.

ESCENA XV.

DICHOS y GERTRUDIS por el foro derecha.

GERT. ¿Qué hay?

PACO. ¡Calle usted, señora, estoy horrorizado! Esos criminales han comprado á don León.

GERT. ¿Y cuánto dieron por él? (Con ingenuidad.)

PACO. ¡Digo que le han hecho su cómplice! Ahora mismo están los tres en ese cuarto (Primero izquierda.) meditando los planes más horribles. He oído algo y me he estremecido.

GERT. Vaya, pues es preciso que esto termine. Está una con el alma en un hilo.

PACO. Dice usted bien; ahora mismo me voy yo al Gobierno civil á presentar la denuncia. Y á propósito, doña Gertrudis. Es probable que tenga que hacer algún gastillo en sellos, ó papel, ó gratificaciones á los dependientes. ¿Puede usted darme algunas pesetas por si acaso?

GERT. Hijo mío, no tengo más que el billete que me dieron antes esos señores.

PACO. Venga. Su mismo dinero servirá para perderles.

GERT. Pero...

PACO. No dude usted, señora; á la vuelta liquidaremos.

GERT. Tome usted, pues, y tenga cuidado con la vuelta. (Le da el billete.)

PACO. (Ap.) Ya lo creo que me daré una vuelta con estos cuartos (Alto.) Vaya, hasta ahora. Voy á tomar un coche para ganar tiempo.

GERT. ¡Dios mío, y me quedo yo aquí sola?... Despertaré á Nicomedes; cuando menos es una autoridad constituída. (Llamando al primer término derecha.) ¿Se puede?

NICOM. (Dentro.) ¿Quién?

GERT. Tenemos que hablar de un asunto grave y urgente.

NICOM. Pase usted; estoy ya vestido para salir.

PACO. (Á Gertrudis.) Entérele en pocas palabras y él verá lo que hace.

GERT. Hasta luego, no tarde usted. (Mútis Gertrudis por el primero derecha.

ESCENA XVI.

PACO.

¡Esta es la mía!... ¿Pero dónde dejo yo mi despedida? (Sacando una carta del bolsillo.) ¡Ah, qué gran idea! (Coge una de las botas.) Justo, aquí es el lugar indicado; (Mete el papel.) y la botina sobre la mesa; eso es; (Po-

niéndola donde indica.) los cuerpos del delito juntos... Ya vienen; escapemos. (Mútis por el foro.)

ESCENA XVII.

GERTRUDIS y NICOMEDES por la primera derecha.

NICOM. ¿Pero será verdad? (Sale asustado y abrochándose el capote.

GERT. No lo dude usted; don León y Paco han sorprendido conversaciones sospechosas. La contraseña es ¡*Púm*!

NICOM. ¿Púm?

GERT. Paco ha ido al Gobierno civil á dar parte.

NICOM. Pero que desfachatez la de estos hombres!...

GERT. Por supuesto, Nicomedes, que el deber de usted es entrar ahora mismo en ese cuarto, sorprender á los culpables y reducirlos á prisión. (Pausa.)

NICOM. ¿Es ese mi deber?

GERT. Naturalmente.

NICOM. ¡Ah! pues si usted está segura de que ese es mi deber... no entro.

GERT. ¿Cómo?

NICOM. Usted cree que puede comprometerse asi de cualquier manera la vida de un representante de la autoridad?

GERT. Para las ocasiones...

NICOM. Son los amigos, eso es. Pero los guardias del Orden no tenemos amigos en el cumplimiento de nuestra sagrada misión. ¿Ahi se encuentran tres criminales; si yo entro solo qué será de mí?

GERT. Pero quedaría usted cubierto de gloria.

NICOM. Si, señora, y de cardenales. (Rumor izquierda.)

GERT. ¡Eh! Parece que se oyen voces (Escuchando.) Vamos á acercarnos.

NICOM. Eso sí puedo hacerlo, pero con la debida precaución. Espere usted, doña Getrudis. (Desenvaina el sable.) Ahora acérquese usted, yo la guardo las espaldas. (Se coloca detrás.)

GERT. No, pase usted delante. (Ella retrocede.)

NICOM. Las señoras primero. (Vuelve á ponerse detrás.)

GERT. No, quiá! En ciertos momentos la autoridad debe prescindir de la galantería. (El mismo juego.)

NICOM. Pues bien... (Santiguándose.) Sea lo que Dios quiera; sígame usted... (Gertrudis se coge á los faldones del capote y se aproximan un poco á la puerta de la izquierda con mucho miedo y retrocediendo á cada paso. En este momento se abre la puerta.)

ESCENA XVII.

DICHOS y DANIEL, RAMÓN y LEÓN.

LEON. ¡*Púm*!

GERT. (Retrocediendo asustada.) ¡Socorro!

NICOM. (Que también retrocede.) Dios me valga! (Gertrudis y Nicomedes quedan en cómica actitud. Pausa.)

LEON. (Fijándose en el grupo.) Calle! Están ustedes ensayando posturas para retratarse? (Daniel y Ramón se rien.)

NICOM. (Reponiéndose.) Don León, con la autoridad pocas bromitas. Quedan ustedes detenidos.

DANIEL. ¿Detenidos?

RAMON. ¿Por qué?

LEON. (Suelta la carcajada.) ¡Ah, vamos, ya comprendo!... Ustedes siguen creyendo... Pero hombre, no sea usted memo. (Á Nicomedes.)

NICOM. No admito indirectas.

LEON. (Á Daniel y Ramón.) Lo que yo les he dicho á ustedes. Les toman por petardistas, como yo les tomaba antes...

DANIEL. Tiene gracia; já, já, já! (Ríe.)

RAMON. ¡Es delicioso esto!... Já, já! (Ríe también estrepitosamente. Gertrudis y Nicomedes se miran mútuamente y con asombro.)

DANIEL. Tranquilícense ustedes. Aquí no hay nada de lo que se figuran; somos dos honrados industriales.

NICOM. Yo me convenceré de la verdad. ¿Qué tiene ese cajón? (Señalando al que está sobre la camilla.)

LEON. (De pronto y al oído de Gertrudis.) ¡Púm!

GERT. (Da un grito muy asustada.) ¡Ay!

DANIEL. (Sacando un frasco.) Hé aquí los petardos que traemos á Madrid. (Pausa.)

NICOM. ¿Y esto? (Señalando á la botina)

DANIEL. Pues eso, ya lo ve usted. No creo que dude usted de lo que es.

NICOM. (Examinándola) Pues aquí hay algo.

TODOS. ¿Eh?

NICOM. Sáquelo usted enseguida.

RAMON. (Toma la bota y saca la carta de Paco.) ¿Un papel?

NICOM. Ahora sabremos la verdad. (Leyendo.) «Doña Gertrudis: mi pundonor no me permite estar más tiempo en su casa; pero puede reclamar los cuatro mil reales diciendo el nombre del verdadero petardista... Paco.»

GERT. ¡Infame! ¡Pillo!... ¡Ay, cinco duros de mi alma!

DANIEL. No se apure usted, señora; para estos casos no hay nada como el ¡Púm!

LEON. Eso; y *pún*... to final.

MÚSICA.

(Al público.)

Si ustedes probar quieren
licor tan especial,
aquí todas las noches
lo pueden encontrar.
Del último petardo
se evita la explosión,
si das con un aplauso
aquí tu aprobación. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1[2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1[2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1[2 L.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M.
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyugales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1[2 M
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestrros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos